

María Justina Sarabia Viejo. *El juego de gallos en la Nueva España*. Publicación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. 1972.

El libro consta de 151 páginas, un prólogo, una introducción y nueve capítulos. Está hermosamente ilustrado y tiene un índice general, un índice analítico y otro de figuras.

Se inicia la obra con un prólogo de José Antonio Calderón-Quijano quien, tras hacer un resumen de la obra, realiza una positiva y justa valoración indicándonos que con ella se inicia en los estudios americanistas la licenciado Sarabia.

La autora nos informa, después, sobre sus fuentes documentales y nos introduce de inmediato a la estructura de la obra, que desde el primer momento se nos descubre de una rigurosa técnica científica.

Presenta la señorita Sarabia dos aspectos de gran interés para la historia novohispana: el uno es el estudio detallado de lo que era el juego de gallos en cuanto a fuente de ingresos de la Real Hacienda, y el otro es el aspecto humano, popular, involucrado a esta fuente de rentas del Estado.

En el primer aspecto nos explica por qué el juego de gallos, tolerado primero y proscrito después, fue finalmente autorizado por el rey y llegó a convertirse en una de las rentas importantes aunque, desde luego, no la más rica.

Todo lo cual queda ampliamente demostrado, con el apoyo de la rica documentación que consultó la autora.

En este aspecto, como bien dice Calderón Quijano, la presente obra viene a complementar los estudios monográficos realizados sobre otras fuentes de ingreso a través del juego, como lo fueron la lotería y los naipes.

Todos los cuales, nos llevarán a un conocimiento mejor de lo que fue la economía novohispana.

El segundo aspecto nos presenta la parte humana del juego de gallos, lo extendido de la afición en el mundo, desde los más remotos tiempos, su paso a América y la acogida que tuvo entre todas las clases sociales. El contenido de pasión humana en este juego que llevaba a los virreyes a compartirlo con la plebe.

Aunque el juego en sí no era malo, dice la autora, sí lo era el ambiente que alrededor de él se creaba, por las pasiones que encendía, los pleitos que suscitaba, las trampas de los galleros, apostadores, amarradores y soltadores. Además del vicio del juego al que los apasionados de las peleas de gallos llegaban,

los convertía en vagos que en vez de trabajar en bien del Estado, deambulaban de palenque en palenque todos los días del año:

Había muchos aficionados que dejaban sus verdaderos oficios... y se empleaban como trabajadores de las plazas para estar allí continuamente. Esta falta de moralidad se aumentaba cuando las casas de gallos estaban en lugares distantes del centro de la ciudad, ya que allí durante el día había gallos y por las noches se entretenían en bellaquerías por el gran número de mujeres que concurren a las plazas de gallos.

Los prelados moralistas de la época, como Fernández de Santa Cruz, realizaron, en el siglo XVII, una fuerte campaña contra el juego de gallos, logrando que fuese prohibido.

Empero, como la prohibición sólo disminuyó las rentas del Estado, pues el juego se siguió practicando disimuladamente y con la complicidad silenciosa de las autoridades que en él tenían una de sus más caras diversiones, los hábiles ministros del XVIII convencieron al rey de las ventajas que tendría volver a autorizar el juego. Así se conseguiría que los aficionados volvieran a divertirse libremente, protegidos por jueces que velarían por la honradez y la moralidad en los palenques, al mismo tiempo que la Real Hacienda volvería a recibir el no despreciable ingreso que obtenía por el asiento de los gallos. Lo cual no era más que el monopolio del Estado sobre el juego. Desgraciadamente el libro es tan científico, que resulta frío. Parece que la autora no llegó a interesarse en lo que es en sí el juego de gallos. Con ella sucede lo que le sucedería a un escritor de toros, al que no le interesasen las corridas. Por ello el libro carece de la alegría, la emoción y la vida de los palenques. Y esto es importante, porque sin ello no es posible explicarse la afición de un pueblo a un juego que retó a la autoridad real y la hizo aceptar su voluntad. Sin ella no es posible entender que un respetable virrey recibiera la noticia de la abdicación de su soberano en un palenque, ni que “Su Alteza Serenísima”, el general Santa Anna, se apasionara por su gallo favorito, mientras la patria se debatía en problemas de su integridad.

Afortunadamente las bellas ilustraciones que tiene el libro, logran zanjar un tanto esta falla, acercándonos gráficamente al ambiente del juego de gallos.

Josefina MURIEL